



Darío Jaramillo Agudelo, hoy aquí a nuestro lado, me lo he encontrado varias veces, sin que él llegase a enterarse. Ah, la magia de la literatura. La primera fue en 1977, en la desaparecida colección de libros del Instituto de Cultura y Bellas Artes Norte de Santander, Colección Casa de la Cultura (cosa curiosa en la contraportada figuraba como Instituto de Cultura y Bellas Artes Cúcuta). En esa colección, en el ejemplar que tengo a mano, en las páginas 7 y 8, el acta del jurado anotaba:

“Reunidos en la ciudad de Cúcuta, a 8 de agosto de 1977, Pedro Gómez Valderrama, María Mercedes Carranza y Giovanni Quessep, jurados del III Concurso Nacional de Poesía “Eduardo Cote Lamus”, luego de haber leído los 142 libros de poesía presentados, acordamos por unanimidad los premios de la siguiente manera:

Primer Premio: al libro “Tratado de Retórica – o de la necesidad de la poesía, de Darío Jaramillo Agudelo.

Segundo Premio: al libro “El Bebedor Nocturno” de Raúl Henao”.

Continuaba el acta para concluir: “Los jurados consideramos que esta nueva convocatoria del Concurso Nacional de Poesía “Eduardo Cote Lamus” reafirma su importancia dentro del panorama cultural del país, tanto por su seriedad, como por el nivel general de las obras presentadas”... Y firmaban.

A continuación se publicaba el Primer Premio, “dedicado a J. G. C. B. y P. G. M.: hermanos y cómplices”.

En ese libro apretada colección de textos 1970 – 1977 nos encontramos con esta joya:

Ese fue el primer encuentro, que remata en (Notas biográficas) de la contraportada: “Darío Jaramillo Agudelo nació el 28 de julio de 1947 en Santa Rosa de Osos (Antioquia). Tratado de Retórica – o de la necesidad de la poesía es su segundo libro de poemas; anteriormente había publicado Historias (Ediciones La Soga Al Cuello, Bogotá, 1974). Es, también, compilador y autor de la introducción de La Nueva Historia de Colombia (Colcultura, Biblioteca Básica, Bogotá, 1976).



II

Era 24 de 1983, las Lecturas dominicales de El tiempo eran dirigidas entonces por Roberto Posada García-Peña y el titular de la Papelera, una columna semanal que firmaba Carlos Gustavo Álvarez decía: “Jaramillo pasó por aquí”... con un subtítulo: “Darío Jaramillo Agudelo, el más joven discípulo de santa Rosa de Osos”... Copio descaradamente, cosa que se puede hacer en estas ferias y nadie se da cuenta, cuando de presentar a un poeta se trata:

“El 8 de marzo, bien pasadas las 7:00 de la noche, Darío Jaramillo Agudelo ingresó en la Sala Tayrona del Centro Colombo Americano, con su andar de mecedora y una camisa tenuemente listada, de esas que se utilizan para bajar a tierra caliente o inaugurar almacenes

mayoristas. Fue una entrada silenciosa y formal, y hubiera sido más formal y más silenciosa si un desesperado fanático de los versos de Jaramillo no hubiera atentado contra la atmósfera mortuoria con un espeluznante aplauso de bienvenida.

“Darío –a quien llamaremos Jaramillo por problemas de espacio- era uno de los oficiantes, el segundo, de una necesaria semana de poesía. Sobreprotegido por una chaqueta de las que utilizan los guardabosques, Jaramillo llegó hasta el patíbulo, se desprendió de un legajador cargado de versos, y se situó a la diestra de Pedro Gómez Valderrama y a la siniestra del presentador.

Habló don Pedro Gómez, que además de inigualable caballero es maestro exquisito, habló el presentador, y después, con el miedo bajándole por la cara posterior de los pantalones, Jaramillo se enfrentó al auditorio. Dijo que agradecía la presencia del público, que dedicaba su recital a una muchacha y a su paisano querido

Rogelio Echavarría, y señaló que preparaba un libro titulado "Poemas de amor", producto de largas tardes y pasiones intensas y totalmente dedicado al Deportivo Independiente Medellín. Después el público aplaudió frenético y en cada pausa que le dejaban los vítores, Jaramillo aprovechaba para leer sus versos, sus hermosos versos, valiosos como ningún otro en la nueva poesía nacional.

“Los recitales de poesía son una de las islitas bienhechoras que le van quedando al arte nacional, materialmente inmerso en el marasmo de los cocteles y las fiestecitas, en una vida social de tome y dame que trata de suplantar con descaro a las epopeyas creadoras. Esa noche era como un regalo porque era poesía casi sin lagartos, y tenía el refuerzo de ser con Darío Jaramillo Agudelo, un antioqueño que se pone bravo cuando lo apartan del mundo por su costumbre inevitable de escribir y sostiene su condición terrena y concreta con la oratoria de su profesión defensora.

“Jaramillo es abogado. Tiene título y anillo marcado, y ejerce en el último piso de un almacén monumental de Medellín, una especie de miscelánea desbandada e incontrolable. Para envidia de los poetas es un buen abogado y para consuelo de los abogados es un buen poeta, empeñado en extraer de las palabras su esencia secreta pero diaria, su historia latente de pasiones y nostalgias.

Con el recital de su poesía, Jaramillo demostró no solo la fuerza de la palabra sino también la de la voluntad para sobrevivir a un prólogo. Con ambas fuerzas se escribió "un libro titulado *"La muerte de Alec"*, que va por el camino que es, es decir, que va bien.

Del recital no puedo decir más, digo lo conocido: desconfíen de los críticos. No hay mejor poesía que mirar el vaivén de una blusa femenina. La literatura es un problema de imágenes. No acepten otro regalo que el esfuerzo. Posdata: escuchen poesía sin soltarle la mano a su muchacha”.

III

No sé si fue el siguiente, pero fue en la página 31 de La Prensa, periódico hoy desaparecido, el domingo 25 de noviembre de 1990.

De donde extraigo:

Ese otro que también me habita,
 Acaso propietario, invasor quizás o exiliado en este cuerpo
 Ajeno o de ambos,
 Ese otro a quien temo e ignoro, felino o ángel,
 Ese otro que está solo siempre que estoy solo, ave o demonio,
 Esa sombra de piedra que ha crecido en mi adentro y en mi
 Afuera,
 Eco o palabra, esa voz que responde cuando me preguntan algo,
 El dueño de mi embrollo, el pesimista y el melancólico y el
 Inmotivadamente alegre,
 Ese otro,
 También te ama.

IV

Otro encuentro (en El Malpensante No. 44 de marzo de 2003): allí, José Miguel Oviedo, en un comentario sobre *Cantar y cantar*, de editorial Pre-textos, nos dice que Jaramillo Agudelo es un notable poeta y narrador colombiano que bien merece ser más conocido y leído de lo que es fuera del país, nos escribe que “de su poesía anterior, puede citarse un libro simplemente titulado *Poemas de amor* (Bogotá, 1986), que contiene algunas espléndidas muestras del género; ha publicado cuatro novelas, la última de las cuales es *Memorias de un hombre feliz* (Bogotá, 1999), que es sorprendentemente la historia de un asesino. Jaramillo es además director del Boletín Cultural y Bibliográfico, importante publicación que incluye la más rigurosa y temida sección de reseñas que exista en el país”. A continuación, Oviedo nos suelta eso de que “la virtud esencial de un poeta es la conquista de una voz propia, de un tono reconocible que le permita expresar con plenitud su visión personal y comunicarla a otros; esa virtud distingue a la poesía de Jaramillo y particularmente a este libro, en el que casi todo parece salir de un foco central y con un registro verbal bien definidos” y nos remata con “la visión poética nos encierra en un círculo dominado por dos formas de una misma soledad: la de amar y la de morir, como experiencias esenciales de la condición humana, siempre aferrada a lo que no va a durar. Darío Jaramillo ha sabido decir esta gran verdad con una voz sosegada y transparente, que nos deja sentir sin atenuantes”. Estos han sido encuentros proporcionados por esos otros que son los críticos y los reseñadores de libros, ahora dejémonos ir en este encuentro con el hombre que alguna vez, al decir de Piedad Bonnett, ha dicho: “la poesía en su sentido más amplio y desaforado, es la ebriedad sin tiempo de una boca amada, el aroma de un eucalipto, el laberinto interno de tu reloj de cuarzo, de tu procesador de datos, un atardecer, un sol, un sorbete de curuba, una voz familiar hermosa, entender una cosa nueva, una crema de ostras, el galope de un caballo...” Bienvenido a ésta, su casa, Darío Jaramillo Agudelo.